



Ser entomólogo...

A la memoria del ingeniero Júpiter Barrera Flores

La magia de los relatos

Juan F. Barrera **M**i padre era un maestro de la narración. Cuando éramos niños, antes de dormir, nos relataba algunos cuentos legendarios que mantenían nuestra atención prendida de un hilo de principio a fin. Nos gustaba mucho aquel relato sobre un oso enorme que raptaba a dos niños en la orilla de un río. En la penumbra de nuestra habitación, imaginábamos la huida del oso con los niños a cuestas y a los vaqueros del pueblo –entre ellos sus preocupados padres–, quienes montados a caballo salían en su auxilio tras una jauría enloquecida que corría siguiendo el hedor del oso.

Con terror, podíamos visualizar al gigantesco bisonte americano que papá describía, cuando en mitad de la noche sorprendía el descanso de los vaqueros; nuestro miedo aumentaba al imaginar al furioso bisonte que se revolcaba en la fogata y se echaba las brasas sobre el espinazo. Los vaqueros en fuga –contaba papá sin darnos reposo–, aún escuchaban a kilómetros de distancia los mugidos del animal que hacían eco en las montañas. (Él mugía “immuuhh...!” Y nosotros nos escondíamos bajo las sábanas.) ¡Y vaya el momento final! El oso rugía acorralado por

los perros, y erguido en la boca de una cueva, su último refugio, sostenía en vilo a los niños raptados que todavía vivos, lloraban a gritos.

Sin darnos cuenta, el relato nos envolvía hasta que caíamos dormidos, excitados y temerosos. Años más tarde, esa magia de la narrativa de mi padre habría de influir en mi futuro, pues sería determinante para definir el camino que me conduciría hacia la ciencia de los insectos: la entomología.

¡Eureka!

Era apenas un niño cuando la pasión por los insectos echó sus raíces en mí. Se volvió parte de mí mismo estudiar, tocar o simplemente admirar a esas criaturas de seis patas y con la cabeza adornada con un par de antenas. Recuerdo que me sentía asombrado con sus múltiples formas y colores, sorprendido por el contraste de sus tamaños y hábitos.

Fue en ese tiempo, sin el “Discovery Channel”, que descubrí aquellos seres fascinantes en su mundo natural. Entonces, una insignificante charca de aguas estancadas era un monitor de televisión gigante que me mostraba en todo su esplendor a los multicolores caballitos del diablo de

vuelo fugaz. De igual manera, un rosal en el jardín de casa era un espectáculo de globosos y apenas perceptibles pulgones verdes, que atiborraban las hojas y se agitaban con mi presencia. No pocas veces un animal muerto repleto de larvas blancas en retorcido movimiento, junto con el barullo de una nube de moscardones verdes y azules, fue un manjar para mi curiosidad, a pesar del tufo maloliente. Y qué decir de aquellos escurridizos piojos blancos que hacían su hogar en las pobres gallinas de la abuela.

En aquella época, un viaje por el campo con los amigos, caminando en fila india por la orilla del río bordeado de nogales y álamos, corriendo por alfalfaes verdes o escabulléndonos en huertas de manzanos y duraznos para cortar frutas que satisfacían el hambre y la sed, se interrumpía in finidad de veces para recoger aquí a un escarabajo que brillaba como una esmeralda, o por allá seguir a una mariposa de alas amarillas que en vuelo errante parecía jugar con nosotros.

En casa, el entretenimiento continuaba con la tarántula en el bote y el perrito de la pradera en la caja de cartón, que bajo la cama hacían compañía al hormiguero que

anidaba en un frasco vacío de mermelada y cuyas galerías y el trajinar de sus hormigas de cola roja, contemplaba absorto. Casi adolescente, recuerdo la euforia que sentí al descubrir que las moscas bebés... ieran gusanos! Juro que ese primer contacto con la metamorfosis de los insectos fue para mí como el "eureka" de Arquímedes.

Otra versión de los insectos

Yo no sabía que el estudio de los insectos era el campo de la entomología, mucho menos que a los estudiosos de estos bichos se les llamaba entomólogos. Tampoco tenía idea que esa pasión por los insectos podía cultivarse en una profesión para ganarse la vida.

Un día, mi padre me preguntó: "¿Qué vas a estudiar al terminar el bachillerato?". Recuerdo que su pregunta me molestó porque no supe qué decir y lo miré a la defensiva. Tolerando mi actitud de preparatoriano rebelde y con la sapiencia de criar a seis hijos, no tardó en descubrir mi pasión por los insectos. Y entonces, con aquella magia del relato que tenía, me dio su versión de los insectos, la del ingeniero agrónomo que él era.

Poco a poco fue desplegando ante mi asombro un mundo donde estos bichos te-



nían otros nombres, otros rostros y una importancia que yo desconocía. Embelesado escuché de sus labios –aquellos labios finos adornados con grueso mostacho–, que muchos insectos son plagas de los cultivos; me habló del gusano elotero, del picudo del algodnero, de las plagas del nogal, del manzano, del frijol... de los campesinos que pierden sus cosechas por las plagas y de los agrónomos que las estudian y combaten.

Ese relato sobre los insectos fue una revelación para mí; lo demás ya es historia: a los pocos meses cerraba un capítulo de mi vida al alejarme de mi pueblo querido con mochila al hombro y lleno de ilusiones para estudiar agronomía.

Hoy, en retrospectiva, me doy cuenta de que gracias a mi padre hallé en la agronomía la fuente de la entomología; en sus aguas bebí de mis maestros los conocimientos formales sobre los insectos, aprendí a comprender su relación con la naturaleza y la sociedad, y obtuve las bases para ser un entomólogo “de a de veras”.


No mucho después, por motivos de trabajo cambié el árido y parco desierto norteño por la exhuberancia verde y hú-

meda de la selva del sureste mexicano. En mi nuevo terruño tropical, que para mí deleite está inmerso en un mar de insectos, muy pronto uno llamaría mi atención: un insecto plaga que habría de ocupar por muchos años el cien por ciento de mi esfuerzo físico y mental. Me refiero a la broca del café o *Hypothenemus hampei* en la jerga entomológica. Por fortuna, los insectos continuaron en mi camino, mas en esta ocasión como parte de mi trabajo.

Estrellas y mosquitos...

Ser entomólogo tiene muchas facetas, y sin duda, mis colegas y amigos entomólogos tendrán otras historias que contar. Uno de mis maestros solía decir que los entomólogos son como “comodines de un juego de naipes”, aludiendo al hecho que pueden insertarse en diversos contextos. No es extraño el hecho de que muchos agrónomos, así como muchos biólogos, forestales, químicos o médicos surgieron de la entomología o se consolidaron en ella. A entomólogos ilustres debemos el desarrollo de disciplinas y áreas de gran importancia, como la sociobiología, los modelos matemáticos tri-trófico o el manejo integrado de plagas.

Recuerdo las noches de verano de mi niñez, recostado en el pasto del jardín de casa junto a mis padres y hermanos, escudriñando el cielo estrellado en busca de satélites. “¡Allí va uno!”, de pronto alguien decía, y absortos contemplábamos un puntito luminoso que cruzaba el firmamento hasta perderse en la noche negra. Se establecía entre todos una inexplicable conexión; tal vez éramos como una familia de homínidos en la prehistoria contemplando por primera vez un eclipse. El encanto de esos momentos mágicos no duraba mucho: los mosquitos –esos ingratos chupasangre que según papá parecían golondrinas–, se las ingeniaban para ahuyentarnos...

Rememorar esas escenas me confirma que para mí, ser entomólogo ha significado saber que detrás de nuestros momentos cotidianos, y también en nuestros momentos más preciados, siempre hay un insecto para estudiar, tocar o simplemente admirar. 

Juan F. Barrera es investigador del Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente, ECOSUR Tapachula (jbarrera@ecosur.mx).

ENTÉRATE

Entomólogos ilustres

Los entomólogos Ray F. Smith y Perry L. Adkisson, ganadores del Premio Mundial de la Alimentación en 1997, fueron algunas de las primeras personas en notar los efectos económicos y los daños al ambiente a causa del uso indiscriminado de los llamados plaguicidas químicos de síntesis. Se empeñaron en encontrar enfoques alternativos para el control de plagas; en ese sentido, trabajaron para popularizar los programas de Manejo Integrado de Plagas (MIP), los cuales involucran control biológico, técnicas culturales y de manejo de cultivo, y compuestos orgánicos, así que los cultivos están protegidos contra las plagas con bajos niveles de químicos.

Edward Osborne Wilson es un entomólogo especialista en hormigas, considerado uno de los científicos con mejor reputación a escala internacional. Acuñó el concepto de biodiversidad y ha recibido distinciones muy importantes, como la Medalla Nacional de Ciencia de Estados Unidos y el prestigiado premio Crafoord que otorga la Real Academia Sueca. También recibió el premio Pulitzer en literatura. En 1975 publicó “Sociobiología: la nueva síntesis”, un trabajo que describe el comportamiento social, desde las hormigas hasta el ser humano, el cual causó polémica. Posteriormente, a partir de su profundo conocimiento de las “criaturas más pequeñas” de la Tierra y de su creencia que su contribución a la ecología del planeta había sido subapreciada, editó el destacado libro: *La diversidad de la vida*, en el que describe cómo un sistema natural intrincadamente interconectado es amenazado por el ser humano.

Fuentes: http://www.worldfoodprize.org/en/laureates/19871999_laureates/1997_smith_and_adkisson/ y http://www.ted.com/speakers/e_o_wilson.html